



La historia de un emigrante. Hipólito Constenla Figueira

Marga Fraga Constenla
margafraga@gmail.com

Resumo. Se narra en primera persona la peripecia de un estradense que intenta, sin éxito, encauzar su vida en una España arruinada por una guerra en la que él mismo había luchado. Como el autor reconoce, en su vida hubo momentos de penalidad extrema pero también de fortuna. Trabaja muy duramente en Cuba, donde vivió unos años junto a su querida esposa y sus dos hijas pero cuando Fidel Castro toma el poder le confiscan todo el fruto de su trabajo, viéndose obligado a regresar a España.

Abstract. A man from A Estrada tells in the first person his unsuccessful life events, trying to get his life back on track in Spain, a country ruined by a war in which he had fought. As the own writer admits, there were moments of extreme hardship in his life but also moments of fortune. He worked very hard in Cuba, where he lived with his beloved wife and two daughters for a few years, but when Fidel Castro took

Puedo cerrar los ojos, pensarle.

Puedo asegurar que la imagen idílica que conservo de él no se ajusta a la realidad de todos aquellos que le conocieron, pero lo que no puedo hacer, es escribir sobre nuestro abuelo sin asociar su presencia a los muchos momentos de inocente felicidad infantil que nos regaló a mi hermana y a mi. Sonríó al recordar sus fantásticos relatos, que navegaban entre el mito y el suceso, y recuerdo la seguridad que ofrecía su regazo cuando la niña que hay en mí aflora.

Hipólito fue y será el mejor hacedor de cosquillas del mundo. Amelia escogía su ropa cada mañana, complaciente, servicial, porque formaron una pareja educada en una sociedad impregnada de valores añejos, y se querían a pesar de ellos. Ambos relataban al unísono que los momentos más felices de sus vidas transcurrieron habitando un pajar en Taberós, recién casados, pobres, amándose, compartiendo techo y espacio con su primera hija y un cerdito.

Después llegó otro niño al mundo, les abandonó pronto. No hubo tiempo para lamentarse demasiado porque nació la tercera y Cuba les esperaba a los cuatro.

Hipólito enterró en la isla alegrías y penas. Manejó el timón de aquella familia, la mía. Regresó sin haberlo deseado, ejerció ilusionado de policía municipal, montó con orgullo su motocicleta, y haciendo muchas rondas de día y unas cuantas de noche, patrulló a pares.

Pidió café con gotas, sopló la armónica y jugó la partida, también en el bar.

Agradeció a su propia historia poder criar con diligencia a dos hijas, convivir con mi hermana y conmigo desde que tenemos memoria, disfrutar de cinco nietos y alcanzar una edad suficiente para sonreír a dos bisnietos más.

Mi abuelo era cariñoso, alegre, glotón, testarudo y divertido. Me enseñó a jugar, reír, admirar la cruda naturaleza, la vida animal, a pescar, compartir cuarto de baño, soplar las velas, sobrevivir y a morir con dignidad.

Echamos de menos tus abrazos, abuelo, como ahora la primavera este gorrión.

Gracias en nombre de todos los que le queríamos por dedicarle estas memorias de papel.

Nací el 25 de abril de 1919 en el seno de una humilde familia de campesinos cuya prole se componía de siete hermanos y los progenitores. Yo soy el tercero de la prole y a los siete años ingresé en la escuela primaria que había en la zona cuyo maestro era don Plácido de Castro Pena, que más tarde fue inspector de Primera Enseñanza. En dicha escuela éramos 37 alumnos, cifra un poco exagerada para un solo maestro, pero, desde los primeros días yo debí de caerle muy bien a dicho maestro porque tomaba especial interés por mí poniéndome siempre como ejemplo ante los demás y prueba de ello es que solamente fui castigado una vez por ir a robar manzanas a una huerta; el castigo fue permanecer media hora estudiando de pie, sin poder sentarme.

El local de la escuela era propiedad de los padres de dicho maestro, y al lado de éste había otro local en donde daba clase el padre de don Plácido, maestro jubilado llamado don Serafín, más conocido por «maestro de maestros» pues a sus clases asistían maestros preparándose para la reválida.

Cuando yo tenía once años, durante unas vacaciones de verano, mi maestro convenció a mis padres para que me mandaran un par de meses a las clases de su padre que, como tenía menos alumnos, dedicaba más tiempo a cada uno. Las clases de don Serafín costaban cinco pesetas mensuales y mis padres, haciendo un gran esfuerzo, me enviaron un mes a dichas clases. Recuerdo que el primer día me llamó a su mesa para hacerme un examen de mis conocimientos. Yo, en aritmética, resolvía pequeños problemas, pero nada más. Él, entonces, me preguntó si conocía la regla de tres compuesta, a lo que respondí que ni idea. Entonces, con mucha calma, aunque era de genio vivo, me explicó en qué consistía dicha regla de tres. Este

maestro tenía una facultad para explicar las cosas que había que ser muy torpe para no comprenderlo. Pero a pesar de todo yo había comprendido muy poco, aunque cuando me preguntó, yo respondí que sí, pero él se dio cuenta de que no era verdad y me lo explicó de nuevo. Entonces me puso un problema en la pizarra y me mandó para mi mesa a resolverlo. Cuando fui a enseñárselo no se creía que yo lo hubiera resuelto sin más explicaciones.

A final de mes, cuando mi padre le fue a pagar las cinco pesetas, le prometió darme clases gratis hasta entrar en la universidad, tanto era el cariño que me había tomado, pero mi padre contestó que no podía sufragar los gastos de la universidad, y menos teniendo tantos hermanos, porque en aquella época parece que no se conocía los anticonceptivos.

Al volver de nuevo a mi clase, el maestro me puso de profesor de parvulitos hasta que a los 14 años tuve que dejar la escuela para ver de aprender un oficio y ganar una peseta, que tanta falta hacía en aquellos tiempos.

Mi padre se dedicaba a hacer zuecos y algo de zapatos y yo me coloqué a su lado para ver de aprender lo que él sabía, pero todo se quedó a medias al estallar la Guerra Civil, pues a los 18 años tuve que incorporarme al ejército, donde se acabó mi juventud, pues fueron seis años, siete meses y 27 días de servicio militar y después la guerra, toda una juventud destrozada. El día que yo me marchaba para la guerra, con toda la familia llorando, llegó la noticia de la muerte en combate de mi hermano mayor. Yo tuve más suerte a pesar de todas las calamidades, que algunas contaré más adelante, pues regresé vivo y sin heridas.

Al incorporarme al ejército me destinaron al pueblo de Carballo, provincia de La Coruña, para, en pocos días, aprender a manejar el fusil, y luego mandarme al frente. Pero en aquellos días vino a Santiago de Compostela Evita Perón, esposa del entonces presidente de Argentina, invitada por Franco, y estando en Carballo veíamos pasar los camiones del ejército cargados de campesinos para hacerle un buen recibimiento a Evita. Otros dos compañeros y yo, picados por la curiosidad, montamos en uno de esos camiones y nos fuimos a Santiago, pero los camiones no regresaron hasta bien entrada la

noche y cuando llegamos ya pasaran lista y notaron nuestra falta en el cuartel. Al día siguiente nos destinaron a un pelotón de castigo mandado por un sargento que más valía para tirar de un carro, cuyo apellido era Vilela. Este individuo nos situaba en un lugar llamado Campo de La Estrada, en Coruña y, formados en fila india, nos mandaba marchar a paso ligero y él se metía en el bar a beber y cuando se acordaba de nosotros venía a mandarnos descansar cuando algunos ya se habían desmayado por el esfuerzo. A los ocho días de estar allí nos avisaron de que al día siguiente marchábamos para el frente, noticia que nos alegró pues preferíamos eso a seguir con aquel castigo.

Fui destinado a la Ciudad Universitaria de Madrid donde la gente moría sin combatir pues se trataba de un frente estabilizado donde no se avanzaba pero tampoco se podía retroceder. Para abastecernos teníamos que cruzar el río Manzanares todas las noches por un puente de madera sujeto con dos cables, pero al pasar las tablas hacían ruido que el enemigo oía y, como a unos 50 m tenían instalada una ametralladora, nos causaban infinidad de muertos. Dentro de la Ciudad Universitaria se hacían minas para volar los edificios y quedaban bajo los escombros compañías enteras sepultadas. Allí estuvimos un mes y luego salimos para otros frentes donde uno podía defenderse, no como en aquel lugar.

Las guerras son muy tristes y dramáticas, por eso solo comentaré otro caso donde la suerte siguió siendo mi aliada. El 22 de octubre de 1938 nos ordenaron asaltar una trinchera enemiga en la carretera general de Extremadura, a pocos km de Madrid, en un lugar llamado Cuesta de la Reina. La operación la realizamos a pleno día, pero al llegar la noche el enemigo contraatacó y nos causó muchísimas bajas pero no les dejamos avanzar ni un metro. Dichas fuerzas enemigas eran las columnas internacionales de un gallego apellidado Lister. Durante los días 22 y 23 con sus noches no dejó de llover, el agua nos entraba por el cuello y nos salía por las botas y además no podíamos dormir porque el enemigo atacaba cada 3 o 4 horas. La noche del 23 nos causaron tantas bajas que, de mi compañía, solamente quedamos el capitán, el corneta de órdenes y yo, y para que la suerte siguiera llegó a la trinchera el cocinero de oficiales, un portugués llamado Hipólito que, al enterarse que yo llevaba su mis-

mo nombre, pidió al capitán que me dejase ir con él para hacerle las compras mientras cocinaba. La cocina estaba a 10 km. del frente...; dejaré este tema pues podría herir la sensibilidad de algunas personas, pero no me resisto a contar una anécdota que me sucedió en los últimos días de la guerra.

Perseguíamos al enemigo por Sierra Oretana o Montes de Toledo pues ellos iban en retirada y nosotros le seguíamos a un par de kilómetros, aproximadamente, y al llegar a la cumbre comprobamos que estaba completamente cubierta de nieve, aun así, como estaba anocheciendo, recibimos orden de acampar. No había allí un solo arbusto o un peñasco que sirviera de abrigo, solo cardos cubiertos de nieve. La tropa se tiró al suelo, todos cubiertos con nuestras mantas, si así se les puede llamar, pues eran tan solo unas frazadas, pero, rendidos como estábamos, no tardamos en quedarnos dormidos. A mí me tocó hacer la primera guardia y sucedió que a la media hora oí a lo lejos como el trote de caballos que se acercaban. Creí que se trataba de un escuadrón de caballería enemiga, en este caso habría llegado nuestro fin. Desperté al cabo, y éste al sargento y éste a los soldados al tiempo que me ordenaba que diera el alto en cuanto se acercasen un poco más. Así lo hice pero lo que recibí en contestación fue el resoplido de una mula escapada del enemigo.

Quedamos todos burlados pero contentos de lo sucedido. Cuando me llegó el relevo me envolví en mi manta y me tiré en la nieve quedándome dormido al momento para despertar por la mañana empapado en agua; emprendimos enseguida la marcha y caminamos todo el día.

Terminó por fin la guerra y mi unidad fue destinada al cuartel de Leganés, muy cerca de Madrid. Allí, con mis escasos conocimientos de zapatero, pude entrar a formar parte de los que componían el taller; éramos 12 en total pero los había muy buenos en el oficio, éstos hacían el calzado de los oficiales y jefes y también el de sus señoras. Esta práctica me valió de mucho, pues acabé de aprender lo que luego me sirvió para abrir mi pequeño taller una vez licenciado, lo que sucedió a los 24 años cumplidos. De los 18 a los 24, ¡adiós a mi juventud!

Al llegar a casa me encuentro con otro problema: sin ropa, sin calzado y sin una peseta con 24 años, pues lo que ganaba mi padre apenas llegaba para calzar, vestir y alimentar a toda la prole. Como carecía de recursos para montar un taller empecé trabajando con mi padre para intentar reunir algún dinero e independizarme pero, como el hombre propone y la providencia dispone, por circunstancias de la vida tuve que casarme, de lo que no me arrepiento porque lo hice con una compañera a la que, a pesar de las muchas y grandes estrecheces que sufrimos en nuestros primeros años de matrimonio, nunca oí una queja.

Mi boda fue una comedia, pues mi suegro estaba en Cuba y no le gustó que su hija se casara sin estar presente. Yo me enteré, por medio de amigos, que no quería vernos en casa en cuanto él regresase. Ante esta situación decidí comprar el traspaso de una taberna en Santiago con el dinero que me prestó mi suegra, pero cuando él regresó aseguró que si no devolvía inmediatamente el dinero, desheredaría a mi mujer, cosa que no me importaría mucho, pero me dolió la amenaza, hasta el punto de que vendí la taberna para devolverle el dinero. Pero antes de hacerlo fui un día a casa para hablar con él; era por la noche y al entrar todos gritaron de alegría menos él, que al decir yo «buenas noches» ni contestó. Estaban en casa dos vecinos que habían llegado a saludarlo; entonces, dirigiéndose a ellos los invitó a la taberna a tomar unos vinos, pero a mí ni me preguntó a qué venía. Entonces, tanto mi suegra como la abuela empezaron a llorar por lo sucedido porque ellas me querían mucho, igual que yo a ellas, pues fueron tan buenas conmigo que las consideraba como mi propia madre y abuela.

Me marché acongojado y sin más solución a vender la taberna. Entregué el dinero a mi mujer para que lo diese en casa; yo la acompañé hasta la puerta pero no entré, la esperé fuera porque era de noche. Ella iba con la intención de discutir con su padre. Pero se quedó a dormir en casa y yo me fui a la de mis padres. Al día siguiente era feria en La Estrada. Estando tomando un vino en Casa Neira entraron mis suegros; a ella se le alegró la vista en cuanto me vio y yo los invité y luego ellos me invitaron a mí a comer. Tuvimos una larga conversación y nos cogió la noche sentados en la mesa y



Equipo de fútbol de Tabairós. Año 1943.

terminó mi suegro diciendo que desde aquel día sería un hijo más para él. Pero su dinero ya lo cobrara.

Al vender la taberna vinimos para La Estrada y fuimos a vivir a una casa, en una habitación con derecho a cocinar con los dueños. Allí estuvimos una temporada, no recuerdo el tiempo, pero fue menos de un año. Yo me dedicaba al estraperlo de aceite; iba a buscarlo a Santiago y lo vendía en La Estrada ganando una miseria. Los dueños de la casa eran un matrimonio ya mayor. Pero sucedió que el

marido se puso celoso porque creyó que yo le conquistara a su mujer y ante esa situación nos fuimos.

Un matrimonio de Tabeirós nos ofreció hacer una habitación provisional en un pajar y un pequeño local para montar un taller de zapatero. Allí permanecimos otra temporada y luego nos mudamos a otra casa donde permanecimos hasta mi salida a Cuba.

La situación era tan estrecha que un día, 15 de enero, aparecieron por allí un hermano y un cuñado, ambos con sus mujeres, y mis suegros invitándonos a ir con ellos a la fiesta de San Amaro. Pero en casa, lo recuerdo bien, había tan solo tres pesetas, y con aquel capital no me atrevía yo a ir a ninguna parte. Les puse mil pretextos para no acompañarlos y al fin se fueron medio disgustados. A mediodía comimos mi mujer y yo y nos tomamos un cuartillo de vino, con lo que nos gastamos una peseta. Como sobraban dos aún decidimos tomar café al lado con el dueño del bar.

Después del café nos pusimos de charla. Entonces entró por la puerta un hombre que compraba oro. Yo tenía un gemelo de camisa, pues perdiera el otro. Se lo enseñamos y nos ofreció 35 pts. Se lo vendí y entonces dije a mi mujer, «ponte el vestido nuevo, que nos vamos al San Amaro». Al llegar nos encontramos con la pandilla, todos ya bien colocados, pero nosotros, con las 35 pts, ya podíamos hacer fiesta. Y con esa miseria seguimos hasta mi salida para Cuba.

Entre tanto seguí trabajando en el taller de zapatero que había montado pero el dinero circulaba tan poco que apenas se ganaba para pagar lo poco que daban en la ración, porque había una cartilla de racionamiento.

Corría el año 1952 y el ayuntamiento anunció unas oposiciones para cubrir una plaza de Policía Municipal; me decidí a acudir para ver si podía mejorar mis ingresos y conseguí la plaza. Mi trabajo era de noche y en el taller dejaba un muchacho llamado Raúl que quería aprender el oficio; yo dormía la mitad del día y la otra mitad trabajaba en el taller, pero mi desilusión llegó cuando a final de mes fui a cobrar mi trabajo de policía y me despacharon con 500 pts. Cuando los artículos del racionamiento me costaban al menos 490 o 497, así que lo que quedaba no llegaba ni para fumar. Ante esta situación traté de convencer a mi suegro para que emigráramos a Cuba, don-



Manuela Constenla Puente, Amelia Puente Varela, Ana M^a Constenla Puente, Hipólito Constenla Figueira. Año 1953.

de él había estado ya en dos o tres ocasiones. Se encontraba ya un poco mayor y tenía dudas de si volver a hacerlo, pero a mí me sería muy útil porque era muy buen conocedor del país y al fin se decidió. Pero para entrar en Cuba necesitábamos un contrato de trabajo. Un amigo de mi suegro que se encontraba aquí de vacaciones tenía muchas propiedades en la isla y le hizo a mi suegro un contrato de capataz de una de sus fincas y a mí uno de jardinero. Nunca usamos



Hipólito Constenla Figueira en su camión de reparto de hielo. Año 1955.

esos contratos que solo usamos para entrar en el país. Una vez en La Habana este señor nos prestó 12.000 pts. a pagar cuando pudiéramos y con ese dinero compramos un negocio de venta de hielo a domicilio, gran negocio pero había que trabajar 14 horas diarias y solo se descansaba dos días al año, que eran el 25 de diciembre y 1º de enero, con la condición de que había que trabajar doble el día anterior para dejar abastecidos a los clientes.

Nuestra llegada a la Habana fue en el año 1954 y en aquella época Cuba era el país más rico de América Latina. Yo conocí dos familias que ganaban lo suficiente para vivir con la venta de los desperdicios de una frutería, vendiéndolos en las aceras y si en la tienda valía 1 pta. ellos la vendía a un real y en pocos minutos hacían tres pesos, lo suficiente para vivir pues el sueldo mínimo eran tres pesos diarios y con un peso vivía un matrimonio con dos hijos. ¡Eso era Cuba!

Pero, volviendo a mi negocio, tenía que levantarme a las dos de la madrugada todos los días para ir a cargar a la fábrica de hielo piedras de 180 kg. que había que convertir en pedazos del tamaño de un ladrillo sin que se rompiera, pues el hielo es como el cristal y

ese trabajo se hacía con un hacha con el filo de una cuchilla de afeitar. A las 4 de la madrugada empezábamos el reparto por las cafeterías, pues algunas estaban abiertas toda la noche; al romper el día íbamos a los particulares, que era el trabajo más duro pues había edificios de seis o siete pisos sin ascensor y teníamos un cliente o dos en cada piso y para subir todos los bloques a la vez se envolvían en papel de periódico y se hacía una especie de torre que se apoyaba en el hombro izquierdo y así se subían y bajaban 80 o 90 escaleras, y rápido porque

los demás clientes estaban esperando y no se podía perder ninguno porque la deuda era muy grande. De los particulares pasábamos a los restaurantes, bares y cabarés para terminar el reparto sobre las 3 o 4 de la tarde. Luego había que ducharse, después comer y cuando uno iba a dormir eran las 5 o 6 de la tarde; a las 8 había que cenar y nunca podía uno acostarse antes de las 10, así que solo quedaban cuatro horas para dormir. Yo prefería pasar sin cenar y poder dormir. Pero esto es solo una parte del problema, lo más gordo es que teníamos un empleado con carnet de conducir y, como él manejaba el camión, yo tenía que hacer de empleado a pesar de ser el dueño. Así pasó un año hasta que, con mucho esfuerzo, pude ir a una escuela de conductores y sacar el carnet y desde ese momento cada uno pasó a ocupar su lugar.

En este negocio trabajé muy duro pues en los 35 años que tenía nunca había trabajado tanto como allí en 4 años, pero valió la pena pues en dos años pagamos los 12.000 dólares más 40.000 pts., que era mucho dinero para aquellos tiempos, y pudimos devolver el préstamo en España para el viaje. Y a los dos años siguientes ya



Hipólito Constenla Figueira. Año 1956.



Hipólito Constenla Figueira, Amelia Puente Varela,
Manuela Constenla Figueira, Manuel García Rey. Año 1958.

pude pagar el viaje de mi mujer y dos hijas y alquilar un apartamento con todas las comodidades para una familia y cuando me consideraba feliz, el primero de enero de 1959 entra Fidel Castro en la Habana con su cuadrilla a convertir una tacita de oro en un basurero de chatarra. ¡Ese día se acabó Cuba!

Este dictador empezó condenando a muerte a todos los jefes del ejército acusándoles de criminales de guerra; después a los oficiales y más tarde licenció a todos los soldados para hacer un ejército a su imagen y semejanza que le fuese fiel. En cuanto preparó un ejército que los respaldase empezó por apropiarse de las grandes industrias



Amelia Puente Varela, Manuela Constenla Figueira, Hipólito Constenla Figueira, en Cuba. Año 1963.

como las refinerías de petróleo alegando que eran del pueblo y para el pueblo; de ahí pasó a las fábricas de cervezas y refrescos, luego las centrales azucareras y así sucesivamente hasta llegar a los limpiabotas.

Como dije anteriormente en mi matrimonio teníamos dos hijas, la mayor Manolita y la otra Ana María. En 1965 la mayor ya se había casado con un muchacho español y viendo que Cuba se hundía en la miseria decidieron regresar a España pues allí no había esperanza de mejorar. Mi mujer y yo y la otra hija decidimos esperar a ver que pasaba pues a mí aún no me habían intervenido el negocio pero un buen día se presentaron en mi casa un par de policías y me pidieron la documentación del negocio, y al entregársela me dijeron que desde aquel momento pasaba a ser del Estado y yo su empleado. Les advertí que estaban equivocados en lo referente a mí pues era ciudadano español y no podían obligarme. Entonces me dijeron que perdonara, pues creyeron que era cubano. Pero la cuenta del banco

ya la intervinieron antes de venir a verme. Referente al banco, Fidel había dicho en un discurso que era necesario que cada cubano abriese una cuenta bancaria y como yo sabía que él hacía todo al revés de lo que pregonaba, desde aquel día no llevé ni una peseta más al banco y así llegué a reunir en casa 15.000 dólares que, si estuvieran en el banco, ¡adiós mi dinero!

Pero estos señores me pidieron que siguiese trabajando en el negocio voluntariamente como empleado del Gobierno, y como yo no sabía el tiempo que tardaríamos en poder salir para España, porque había miles de personas esperando y un solo vuelo a la semana, me podían preguntar de qué vivía, me harían un registro, ellos se llevarían el dinero y yo para la cárcel. Decidí entonces trabajar un mes y fui a ver al cónsul al que le dije que estuviera en la guerra en España y solicité una salida y él me dijo que por eso tenía preferencia ante los miles de españoles que había esperando para salir. Para salir del país el Gobierno cubano exigía no tener ninguna deuda pendiente con el Gobierno pero, hacía como un año un amigo me pidiera que fuese como testigo a declarar en su favor en un juicio pues le hicieran una inspección en el negocio y lo sancionaron injustamente. Cuando yo declaré lo que sabía el inspector que lo sancionara se dirigió a mí y me dijo que el próximo sería yo y a los pocos días se presentó en casa y me pidió los libros de contabilidad, los cuales yo sabía que estaban bien porque era un abogado el que los llevaba. Y después de estar una hora haciendo números me dijo que debía 2.000 dólares al Gobierno. Al preguntarle por qué me respondió que los libros estaban bien pero que él sabía que yo vendía la mercancía más cara de lo que ponía en los libros. Como es natural le dije que tenía que demostrarlo pero respondió que valía lo que él decía.

Fui a ver al abogado y le comenté lo sucedido pero me aconsejó que no pagara por el negocio, que me lo iban a sacar de todas formas como así fue, pero al tratar de salir del país apareció la deuda. Volví al cónsul y le comenté el caso y me aconsejó que fuese a ver al director del Banco Nacional con una nota que me entregó. Así lo hice y después de muchas explicaciones me dijo que me fuese tranquilo que en el aeropuerto no me preguntarían por ese certificado, como así fue.



Amelia Puente Varela, Hipólito Constenla Figueira. Año 1965.

Al enterarse el Gobierno que nos íbamos mandaron a casa un par de policías que hicieron un inventario de todas nuestras pertenencias advirtiéndome que el día que nos fuésemos no podía faltar ni una cuchara, pero no esperaron a que nos fuéramos pues cuatro días antes de la salida se presentaron en casa, nos pusieron en la calle y precintaron la puerta (esta es la democracia de los países comunistas). Como dije anteriormente en casa tenía 15.000 dólares sin poder sacar ni un céntimo del país, pero un amigo gallego me puso en contacto con un comandante de aviación que me podría resolver este asunto; la cosa tenía que ser muy secreta pues si se descubre, para mí la cárcel y para él la pena de muerte, así fue que terminó

quedándose en Canadá en uno de los vuelos. Me pusiera en contacto con él por medio de un intermediario que me citó en un bar cierto día a cierta hora en que estaría tomando algo en el mostrador con dos palillos en la boca. Allí me presenté y al poco rato se puso un señor a mi lado, pidió una cerveza y, sin mirarme siquiera, murmuró: hágame una nota con la dirección en España y espéreme en la acera. Así lo hice y al salir cogió la nota, todo esto sin mirarnos. Esta operación la hice para no perderlo todo porque el trato fue de que por cada 6.000 dólares solo me ponía 1.000 en España, pero era muy normal porque él exponía la vida.

Cuando nos echaron de casa todavía conservábamos dinero suficiente para ir a pasar esos cuatro días a un hotel y, por teléfono, llamé a uno de los mejores que había en La Habana pidiendo alojamiento por cuatro días. Me dijeron que sí pero antes de colgar me preguntaron si me iba del país y al decirle que sí me contestaron que entonces no había hotel y si no tenía donde dormir había sitio debajo de un puente.

A los pocos días salimos para nuestra querida Galicia y una vez aquí fui a visitar a mis antiguos compañeros de la Policía Municipal, que me presentaron al señor alcalde. Éste me dijo que iban a convocar una plaza de policía y si quería participar tenía más derecho que los demás por haberlo sido con anterioridad y yo lo acepté.

Concurrí a la oposición y salí elegido pero tenía que esperar un tiempo por lo cual fui a visitar a la hija que vive en Algeciras. Allí me empleé en la aduana provisionalmente. Entonces se me ocurrió escribir al Jefe del Estado pidiendo un empleo y a los pocos días recibí contestación diciendo que me dirigiese al sindicato que había en aquella ciudad, donde sería atendido inmediatamente, como así fue y me ofrecieron una plaza de Guardia de Puerto, pero yo desconocía la misión y tenía antes que informarme y les dije que ya les daría contestación. Al comentarlo en casa el yerno me dijo que aceptase porque esas plazas solo eran ocupadas por recomendados. Pero las cosas parece que están marcadas de como tienen que suceder; al día siguiente cierran la entrada a Gibraltar y quedan 5.000 hombres sin trabajo. Cuando vuelvo a aceptar la plaza me dicen que habían recibido orden de buscar empleo a esos hombres antes que a nadie.



Hipólito Constenla Figueira. Año 1973.

Seguí en la aduana pero, a los pocos días recibí un aviso del ayuntamiento [de A Estrada] preguntando si aceptaba la plaza, que se iba a cubrir inmediatamente. Dejé pues la aduana y regresé a La Estrada donde me decían que algún día obtendría la plaza fija. Pero resulta que en el ayuntamiento me dicen que acababa de llegar un decreto de Madrid prohibiendo aumentar la plantilla. ¡Vaya desilusión! Ante esta noticia le escribo al Ministro de la Gobernación explicando mi problema y a los pocos días recibo contestación diciéndome que me dirija al señor alcalde, que ya está avisado para que me ingrese en la plantilla. Y en ese empleo pasé 16 años más de mi complicada vida, hasta la jubilación.

Esta es una parte de la historia real de un emigrante.

A Estrada, octubre de 2001

